

CLAVES DE LA PRESENCIA DE CHINA EN UNA OBRA LITERARIA DEL SIGLO XVIII ESPAÑOL, *LOS GRAMÁTICOS. HISTORIA CHINESCA*, DE JUAN PABLO FORNER

FRANCISCO LUIS PÉREZ EXPÓSITO
Universidad de Tamkang

La lucha entre tradición e ilustración en el siglo XVIII

“EL SIGLO XVII HABÍA ACABADO en la irrespetuosidad; el XVIII, empezó con la ironía. La vieja sátira no cesó: Horacio y Juvenal resucitaron; pero el género estaba desbordado: las novelas se hacían satíricas, y las comedias, epigramas, panfletos, libelos, vejámenes, pululaban; no había más que agudezas, pullas, flechas o vayas: se hartaban de ellas.¹

El malestar interior de los espíritus se acaba manifestando en la violencia verbal, psicológica o física. La crisis del hombre en el siglo XVIII se exteriorizó en la diosa ironía, que reinaba en sus mentes más preclaras y no conocía bandos ni partidos; era el denominador común de un mundo dividido, que rechazaba el pasado como parte deforme del cuerpo propio: una joroba o un quiste, sí; pero, al mismo tiempo, algo íntimo de lo que no podemos separarnos sin sufrimiento, una parte de nuestro ser histórico de la que nos avergonzamos profundamente. La intelectualidad, siguiendo los tipos de caracteres conformistas y renovadores, se alineaba en dos grupos: los que se sentían a gusto con la deformación por la fuerza de la costumbre y los que querían desembarazarse a toda costa de ese impedimento. Dentro de cada uno de estas grandes corrientes existían posturas muy diversas, sobre todo porque la lucha no era sólo intelectual. Había mucho en juego:

¹ Paul Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 15.

la creencia religiosa y los orgullos nacionalistas. Esas actitudes vitales influenciaban a muchos a que se proclamasen reformadores. En este amplio grupo no todos veían la tradición desde el mismo punto de vista: algunos sólo buscaban purificarla, mientras que otros mostraban un rechazo absoluto, y la atacaban despiadadamente. Sin embargo, el siglo tenía un punto de total acuerdo: el uso de las mismas armas dialécticas, la razón y la burla.

Los libros de viajeros: medios literarios para atacar la tradición

La fuerza de la tradición en el pueblo, el gran prestigio social de la religión y el remolino de cuestiones y posturas debatidas por ambos bandos, hicieron que la esencia de la renovación —la tolerancia basada en la racionalidad— no se viera favorecida abiertamente por mentes prestigiosas. Se produjo un conflicto de miradas. Cada bando señalaba con dedo acusador y dogmático los defectos del contrario, y así creía justificar sus propias deformidades. En el bando ilustrado radical se mezclan cuestiones tales como la tolerancia; el ataque a la religión revelada institucionalizada; la defensa de la moral natural encarnada por los chinos; las reglas estrictas en la creación artísticas; la imitación de modelos; la excesiva admiración por el extranjero, etc. En el bando conservador se defiende la religión, el orgullo nacional, el sentimiento, la libertad expresiva, etc. El original ensarte de posturas sobre cuestiones tan diversas hacía que ninguno de los contendientes detectara la razonabilidad desde nuestra perspectiva mayoritaria contemporánea. Ambos bandos tenían razones para descargar andanadas al contrario; pero, también tenían más que motivos para una autoacusación. El bando renovador asaltó el poder intelectual y lo conquistó; sin embargo, los conservadores contaban con la tradicionalidad popular, con muchos de los hombres de iglesia y con el orden. Eso hacía muy difícil la abierta ofensiva de los ilustrados, quienes se veían obligados a disfrazar sus cañones. Quizá por eso crearon personajes extranjeros que arremetían contra el baluarte de la tradicionalidad. De este modo, Europa se llenó de viajeros fisgones y

murmuradores: so capa de mirar con ojos nuevos al viejo continente, se dedicaban a fustigar sin piedad sus excentricidades, supersticiones, defectos y vicios. Primero llegó un espía turco, luego un siamés, y al fin, en 1721, llegaron de la mano de Monstesquieu los persas.

Y tras los persas, llegarían los chinos. Oliver Goldsmith, en *El ciudadano del mundo* (1762), publicado antes en el *Public Ledger* con el título de *Cartas chinas* (1760), sacó a un chino para pasearlo por Londres. Lun Chi Altangi, ciudadano del mundo, en sus cartas a su amigo Fum Hoam, primer presidente de la Academia Ceremonial de Pekín, escrutará la sociedad británica y ridiculizará a muchos de sus personajes y costumbres. No se privará del placer de atacar a los *fine gentlemen*, que colocan su orgullo en su peluca como Sansón dependía de sus cabellos para su fuerza; fustigará a las *fine ladies*, descubriendo su doblez, sus dos caras: la bella embadurnada del día y la horrible sin afeites de la noche. Nos narrará sus amores galantes y ese curioso lance en que una dama le ofreció el corazón y se llevó su reloj. No comprenderá muy bien ni el valor de las banderas colgadas en las bóvedas de la catedral de San Pablo, ni que el honor de las naciones europeas se pueda concentrar en banderas agujereadas. Nos definirá al noble: un lord que desciende de una cocinera casada, con la que se casó uno de sus abuelos y de un mozo de cuadra que hizo lo que el abuelo no pudo; de la primera conserva el amor a la comida abundante y del segundo la pasión por los caballos: esto es un noble. Y tras los chinos, en 1767 llega un hurón que desembarca en la bahía de Ranee, revuelve Versalles, se civiliza, entra en el ejército, se convierte en filósofo y guerrero, y que al transformarse pierde su interés.

Pero también los europeos viajarán y descubrirán países maravillosos que avergonzarían a Europa: constituciones mejores, religiones más puras, la libertad, la igualdad y la felicidad. El siglo XVIII es el siglo de las utopías. Y en 1726, con la publicación de *Los viajes de Gulliver*, de Jonahatan Swift, se enciende un faro guía para todos estos relatos optimistas y reformadores. Un irlandés, Dodsley, escribiría *The Economy of human life, translated from an Indian Manuscript, written by an Ancient Bramin* (Dublín, 1741). En él se habla de un ilustre doctor enviado especial del Emperador de China

al Gran Lama tibetano. El doctor, tras seis meses en el Tíbet, volvió a China llevando curiosidades y tesoros; entre otros, un antiguo manuscrito: un tratado de moral que nunca se había traducido porque estaba escrito en la lengua de los antiguos gimnosofistas o brahmanes, y que él traduciría al chino; más tarde también traducirían del chino al inglés, para provecho de Europa, en donde poco a poco se difundió. Este libro recoge, revestidos de un sabor oriental, los consejos que daban los brahmanes o gimnosofistas, mucho antes de la aparición del cristianismo, pero que por curiosa casualidad parece tomado de los libros filosóficos del siglo XVIII.

China en la controversia entre tradición e ilustración durante el siglo XVIII

Esos paraísos extranjeros se sitúan en lugares desconocidos; pero también en esos países que los europeos consideraban de gran tradición cultural, especialmente en el Oriente. La China, presentada como un paraíso natural, pronto atraería la atención de esos escritores a través de personajes peregrinos. En el siglo XVIII, el sinofilismo adquiere gran vitalidad en Europa. Alimentado en un principio por las narraciones de los jesuitas —que tienen el monopolio evangelizador— sobre China, recibe un serio impulso en 1633, gracias al breve periodo de Urbano VIII, quien permite la entrada de otras órdenes en China: el aumento del trasiego de frailes entre Europa y el Imperio del Medio incrementará la información oral y los libros. En Europa se desencadena un gran deseo por conocer mejor la antiquísima cultura china. A finales del siglo XVII, Leibnitz, insaciable devorador de conocimientos, refleja en su obra admiración y respeto por la China. Su discípulo Wolff se ve envuelto en serias dificultades —la expulsión del claustro de profesores de la Universidad de Halle (1721)— por elogiar, al igual que su maestro, al imperio celeste. En efecto, el 12 de julio de 1721, Wolff pronunció un discurso sobre la moral de los chinos, defendiendo la alta moralidad de las enseñanzas de Confucio, las cuales llevaban al bien, no por efecto de alguna revelación divina, sino de una sabiduría enteramente humana que inspiraba la razón; de una sabiduría

racional. El deísta Mateo Tindal (m. 1733), otro de los admiradores y propagandistas del sinofilismo en Inglaterra, defiende en sus numerosas polémicas el genuino sentir religioso del pueblo chino. Sin embargo, las proporciones de esta sinofilia se expanden como consecuencia de la postura crítica que adopta el enciclopedismo sobre el pasado de la civilización occidental y sobre el cristianismo institucional. Voltaire, quien encarna esa crítica, considera a China la más sabia y civilizada de las naciones, y el origen y la sede del paraíso terrenal. Organiza una verdadera propaganda al respecto, desde la aparición de sus *Cartas Filosóficas* (1734) hasta su muerte en 1778, que penetra en el espíritu de su tiempo y se convierte en tema polémico en Francia. En aquella época, la cultura francesa campea por toda Europa y con ella el interés por lo chino. El arte chino, gracias al comercio, y a que armonizaba con el gusto rococó de la época, hace furor. Las chinerías (*chinoiseries*) o figuras grotescas de porcelana y los jarrones chinos que decoraban los salones occidentales, son también consecuencia de ese espíritu optimista oriental que ya se había ido introduciendo desde hacía dos siglos. Los europeos hicieron encargos a China y coleccionaron porcelanas. Y esta corriente no dejó de lado a España, que todavía mantenía ciertos contactos con China a través de sus posesiones de ultramar. En resumen, la exclamación de Fenelón: “¡Pueblos del Extremo Oriente, vuestra hora ha llegado!”, se convirtió en una realidad en la vida intelectual europea.

Durante el siglo XVII, Europa entra en una crisis espiritual e ideológica. Los contactos con China crean interrogantes y aportan materiales a esta crisis de conciencia europea. Sin embargo, no nos debemos dejar engañar por la retórica importancia que se le concede al Oriente. En realidad, los europeos no se interesan por el Oriente en sí mismo, sólo lo observan y estudian para verse, para resolver sus propias disputas; para, en definitiva, “utilizarlo” como arma arrojada o como inicio de nuevos planteamientos dentro de la mentalidad europea.

China y el Oriente son sólo una moda, una excusa para atacar la tradición.

Después de 1685, cuando empiezan a ser pasadas por el tamiz las ideas religiosas, políticas y morales tradicionales, y después de 1760, cuando los filósofos y economistas tratan de constituir una ciencia social que sirva de base a la política y a la moral. Ahora bien, observemos que el momento en que la influencia china alcanza su punto culminante, es decir, después de 1760, la admiración por China, que había sido, por decirlo así, un auténtico dogma hasta 1750 aproximadamente, empieza a decaer. Se llega a dudar de la virtud de los chinos. Se considera el gobierno chino como despótico, y los fisiócratas, para que el gobierno chino sea aceptado como modelo de todo buen gobierno, se ven obligados a fundar la teoría del despotismo legal. Por otra parte, la mejor época de la moda china no coincide con los periodos de influencia. Se sitúa entre 1745 y 1755, cuando madame de Pompadour, que marca el buen gusto, se complace en rodearse de baratijas chinas.²

En concreto, los jesuitas plantean una serie de problemas de gran envergadura que inciden directamente en la crisis ideológica de los siglos XVII y XVIII; el de la bondad de la naturaleza humana y del pecado original (¿se salvarán los chinos con su moral natural tan cercana a la cristiana?), el del privilegio del pueblo judío en contradicción con la historia china (preadamismo de La Peyrere; historia de China del jesuita Martini de 1688), la cuestión de las ceremonias chinas (distinción entre el mensaje cristiano y su encarnación en una cultura concreta), la teoría cartesiana de los torbellinos, que parece haber favorecido la difusión del neoconfucianismo en Europa.

El confucianismo se difunde en Europa, sobre todo desde 1669 y 1687, con la aparición del *Confucius Sinarum Philosophus*, del padre Couplet. En 1688, Simon Fauchet adapta este libro, en su *Lettre sur la morale de Confucius, philosophe de la Chine*, y Bernier lo divulga en su "Introduction a la lecture de Confucius", aparecido en el *Journal des Savants*, en mayo de 1688. Es la época de la llamada crisis de 1685 en la que el "hombre honrado" busca una moral liberada de la tutela de las religiones reveladas, de sus metafísicas y de sus

² V. Pinot, *La Chine et la formation de l'esprit philosophique*, París, 1932, pp. 10-11.

dogmas. Y la moral confuciana parece responder a esta necesidad ideológica.

Entre 1745 y 1755, madam de Pompadour influye mucho en la popularización de los objetos y decoraciones chinas. Recibió un obsequio del propio Kangxi y se rodeó de baratijas chinas.

Los pintores aprovecharon las porcelanas chinas y las láminas de la obra *Situación actual de China*, del padre Bouvet (1697), para inspirarse en sus obras decorativas; imitaron las baratijas chinas y la expresión burlesca de los personajes chinos de los retratos. Watteau confeccionó de esta manera la estancia real del castillo de la Muette ...Las telas reprodujeron los modelos chinos. La moda del satén estampado se inicia en 1732 ...Los muebles son barnizados como en China ...En Kew, los ingleses son los primeros en imitar los jardines chinos. El jardín chino da origen al jardín romántico... Todo gran señor o financiero posee un "pabellón chino" en su parque, en Chantilly..., en St. James..., en Aranjuez..., en Saint Souci...³

A partir de 1760, la influencia china es muy intensa. A fines de ese siglo aparecen las *Memorias relativas a los chinos* escritas por los misioneros de Pekín, que se unen a las *Cartas instructivas y curiosas escritas desde las Misiones Extranjeras*. Se traduce al alemán y al inglés la *Descripción de China* del padre Halde, en la que aparece el primer mapa del Imperio Medio (1735). Montesquieu trata sobre China en *El espíritu de las leyes*. Voltaire menciona a los sabios chinos en su *Diccionario filosófico* y escribió *L'Orphelin de la Chine*, tragedia que fuera traducida a muchos idiomas europeos.

Diderot y Rousseau encuentran en China argumentos para defender sus ideas filosóficas y sociales: deísmo, despotismo ilustrado y fisiocracia. El emperador de China es presentado como un déspota ilustrado que gobierna un imperio agrícola, siguiendo las leyes naturales, rodeado de sabios y filósofos.

³ P. Crouzet, *Historia general de las civilizaciones*, tomo v, París, 1935-1955, pp. 279-280.

La postura de Forner

En este ambiente vive Forner, quien reacciona de forma crítica ante un siglo que considera “superficial”,⁴ y al que oye

[...] llamarlo por todas partes siglo de la razón, siglo de las luces, siglo ilustrado, siglo de la filosofía, y yo le llamaría mejor siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatán, siglo ostentador, compuesto por gentes tinturadas de todo e incapaces no sólo de imitar, pero ni de conocer el estudio y desvelos que costaron a nuestros mayores los adelantamientos de las ciencias.⁵

Forner, como erudito inmerso en el ambiente intelectual europeo, no se libra ni del uso del arma arrojadiza de la ironía, ni de su atracción por los viajeros extranjeros. En concreto, crea trotamundos españoles y chinos en su libro satírico *Los gramáticos. Historia chinesca*. En esta obra no estamos sólo ante el descubrimiento de una utopía, encontrada tras arduos esfuerzos, ni sólo ante un viajero exótico y murmurador que critica despiadadamente la sociedad tradicional de Europa. Asistimos a la creación de un modelo de estructura original: el de la destrucción mutua de utopías, la extranjera y la nacional, a través de un viaje de ida y vuelta: una presentación de la imperfección extranjera a través de la narración de observadores de su propio país y del testimonio de un español; el envío de emisarios extranjeros a Europa que identifican nuestros defectos y los corrigen en ellos mismos. Otro aspecto destacable en *Los gramáticos...* es el agrupar a los receptores de la crítica satírica bajo nombres genéricos: “gramáticos” y “doctores tártaros”.⁶ En el contenido también destaca un aspecto original: mientras que la mayoría de las sátiras europeas de la época se ensañan con lo tradicional y

⁴ Juan Pablo, Forner, *Los gramáticos. Historia chinesca*, edición, prólogo y notas de José Jurado, Madrid, Espasa Calpe, 1970, p. 185. En adelante se citará como “GHCh”, seguido por una coma y el número de la página en que está la cita.

⁵ GHCh, 185.

⁶ “En la China llaman doctores tártaros a los que acá llaman doctores góticos los descendientes de los getas o vándalos” (GHCh, 58).

utilizan a los personajes exóticos para defender la ilustración, Forner los utiliza para fustigar a los que adoran al dios revolucionario o a algunas de sus, según él, nefandas consecuencias.

Otra de las características de la obra de Forner es su ataque al mimetismo formalista de la cultura del siglo XVIII, que se puede palpar en su arremetida contra los “gramáticos”. El gran peso muerto de la imitación, la obediencia a unas reglas que cortaban las alas a la creatividad, la contención dentro de unos géneros literarios, etcétera, era en realidad un modo de meter el orden de la razón en el arte. Se trataba de mostrar la habilidad cirquense, el hacer del arte un “más difícil todavía”; confundir la belleza con lo difícil y el ingenio con la destreza. Había que ver quién era capaz de componer fábulas como *La Fontaine*: Iriarte y Samaniego, Gay y Geliert; quién haría dialogar a los muertos como Fenelón: Gozzi, Federico II y tantos otros; quién pondría en las odas un sentimiento bien calculado, como Boileau: es lo que Gottsched recomendaba a los poetas alemanes; quién conquistaría la gloria del poema épico: la *Henriqueida* de Xavier de Meneses, *La toma de Granada* de Moratín, el *Hermann* o el *Heinrich der Vöglger* de Otto von Schönaich; quién rivalizaría con Moliere; el *Glorieux* de Destouches, el *Méchant* de Grasset, descendientes del *Misanthrope* y del *Avare*.

No estuvo solo Forner en su defensa de la tradición y la religión, ni al colocar a sus adversarios bajo un nombre genérico (en el caso de Forner: “los gramáticos”). En 1757 se publica en París *L'Histoire des Cacouacs*. Los cacouacs eran una tribu recién descubierta; tenían como arma veneno oculto bajo la lengua, que fluía y se extendía con cada una de sus palabras, incluso las más dulces. No reconocían autoridad alguna, eran relativistas y repetían hasta la saciedad la palabra Verdad. Creían ser los señores del universo, despreciaban la sabiduría de Dios y divinizaban la naturaleza. Poco a poco, y gracias a sus falsas máximas, iban extendiendo su poder. Pero, en una batalla, sus enemigos utilizaron un arma que no pudieron resistir: el silbato. Silbados, los cacouacs huían en desbandada. Esta obra de Jacob Nicolás Moreau atacó a los filósofos con sus mismas armas: la lógica y la sátira. En 1760 se publicó la comedia *Philophes* en la que Palissot caricaturizó a Grimm, a Helvétius, a Diderot, a madmoiselle Clairon y,

en especial, a Jean-Jacques Rousseau, que entraba en escena andando a cuatro patas y se sacaba del bolsillo una lechuga.

La crítica ha establecido, sin lugar a dudas, que la obra de Forner es una aguda sátira contra don Juan y don Tomás Iriarte, en la que se ataca su interés en las cuestiones gramaticales y se alude maliciosamente a una obra de juventud de Iriarte escrita en 1768: la traducción libre del drama chino del siglo XIII *El huérfano de la familia Chao*, una de las primeras piezas de teatro chino conocidas en Occidente.⁷

La clave simbólica de la sátira no ofrece dificultad alguna:

China simboliza a España; el Japón a Francia; las capitales respectivas de aquéllas, las de éstas; el emperador Yong-ching es Felipe V; Chao-Kong, don Juan de Iriarte; el gramático Chusu, es don Tomás; las ideas y argumentaciones del mandarín y de Kin-Taiso son las mismas que las de Forner. Se desfiguran nombres para encubrir otros: Tibet, por semejanza fonética con Tiber, es Roma; la Persia es Grecia; los *bonzos*, sacerdotes budistas, representan a los jesuitas, etc. *Gramáticos*, pero inyectando en el apelativo ironía y sátira... se les llama con patente injusticia a don Juan de Iriarte, por sus numerosos trabajos consagrados a tal disciplina, y con más justicia a don Tomás, por su excesivo prurito en demostrar su "sabiduría" gramatical en tantas obras suyas...⁸

La elección del ambiente chino es muy acertada. La idealización de China está muy relacionada, en Voltaire, con el ataque a la religión revelada e institucional. Una arremetida irónica contra esta fabulización ilustrada defiende indirectamente la tradicionalidad. Además, Iriarte, al traducir el drama del *Huérfano de la Chao*, queda indirectamente ligado

⁷ La afición de Iriarte al tema chino no se restringió a esa traducción; volverá a aparecer en sus *Fábulas literarias*, en concreto en la fábula XII, "EL Té y la Salvia" se refiere a China:

...¿A dónde vas, compadre?
A Europa voy, comadre,
donde se que me comprarán a buen precio.
Yo (respondió la Salvia) voy a China,
que allá con sumo aprecio
me reciben por gusto y medicina...

Fábulas literarias, Madrid, Espasa-Calpe, 1963, pp. 88-89.

⁸ José Jurado, *Prólogo* en *GHCh*, pp. xvii-xviii.

con la defensa volterriana de China. Por lo tanto, la sátira destruirá de un solo sablazo un argumento contra la tradicionalidad y ridiculizará a Iriarte.

Fornier descubre con perspicacia la debilidad del argumento europeo en favor de China, su interna contradicción y su exageración por motivos ideológicos,⁹ y la historia le dará la razón a nuestro autor: la defensa europea de China es en realidad artificial, como muestra uno de sus paladines, el abate Raynal, quien en su *Historia de los asentamientos y comercio de los europeos en las Indias orientales y occidentales*, presenta una imagen muy parecida de los chinos y también la utiliza como telón de fondo para atacar a los españoles. Sin embargo, los desbordantes elogios del abate Raynal no deben engañarnos: en otros textos de la misma obra, expresa de modo inequívoco su convicción sobre la superioridad moral del Occidente. En muchos autotes ilustrados las alabanzas a los chinos son, en realidad, loas a su propio pensamiento (ejemplificado en su visión de China) y excusas para arremeter sin piedad contra sus enemigos intelectuales.¹⁰

El sentido común le dicta a Fornier la imposibilidad de

⁹ Al hablar de uno de los viajeros chinos que visitó España, dice que el "único defecto que se notaba en él era que no levantaba falsos testimonios a las naciones por donde había discurrido, no violentaba las costumbres y usos de cada una para apoyar algún sistema imaginario, no decidía temerariamente de las creencias y dogmas de que se informaba sin examinarlas primero con mucha atención y desembarazo de ánimo, no resolvía sobre el origen, antigüedad y cronología de cada nación sin separar las noticias falsas de las ciertas, las claras de las oscuras, las probables de las dudosas. Y, en realidad, en estas cualidades era nuestro filósofo muy superior a los viajeros europeos, los cuales, sin adulación, son eminentes en ellas" (GHCh, 69).

¹⁰ El abate Raynal denunció los abusos del sistema de colonización, el injusto trato de la población indígena, su esclavización y explotación, y contribuyó a la difusión del mito del buen salvaje. Respecto a los españoles y chinos dice lo siguiente:

"The conduct of the Spaniards has always encouraged this fatal inactivity. The propensity to idleness which these proud men have brought with them from their country..."

"The Chinese naturally presented themselves to give the arts, and to agriculture, that activity which the laziness and the pride of the Spaniards denied them. The navigators of this celebrated nation frequented from time immemorial the Manilas, to obtain the productions natural to these islands... These laborious, economical, and intelligent men, offered to clear the lands, to establish manufactures, and to set on foot every species of industry, upon condition that the property of some parts of an immense territory, which had no owner, should be given to them, and that the tribute exacted from them should be moderate... the little good that has been done in these islands has been the work of these

que existan superhombres en nuestro planeta,¹¹ y en este sentido nos dice:

El lector ha visto la semejanza de algunos sucesos de esta historia con otros que han acaecido en Madrid, esto, lo que quiere decir es que los hombres por mucho que se diferencien en sus usos, trages y manjares, no se diferencian en los que verdaderamente toca al ser del hombre. Los caracteres de los apetitos y pasiones son universalmente unos mismos. Si las circunstancias llegan por casualidad a semejarse o ser unas, las acciones se semejarán también en distintos países. Un gramático arrogante de Madrid, puesto en una misma ocasión, obrará de la misma suerte que un gramático arrogante de Pekín y al contrario. La causa de esto no la saben los humanistas. Sábenla los que estudian al hombre para conocerse a sí y a los otros, (GHCh, 184).

Fornier no cae en un ataque indiscriminado de la sociedad china. Sólo quiere devolverla a la normalidad; bajarla del pedestal en que la han colocado sus exagerados admiradores. Por eso señala en China costumbres contra las que los ilustrados, si fuesen consecuentes y coherentes, deberían arremeter:

Chinese". (Abbé Raynal, *A Philosophical and Political History of the Settlements and Trade of the Europeans in the East and West Indies*, vol. II, Londres, J. Mundell & Co., 1798, pp. 229-230. Traducida por J.O. Justamond, F.R.S.)

En otros pasajes se tilda a los chinos de codiciosos, se les acusa de adulterar el té exportado a Europa (vol. II, p. 283), de estar muy lejos de poseer el arte de pintar (vol. II, p. 301), etcétera. Pero los pasajes más reveladores de esta paradójica actitud con respecto a China se recogen bajo dos epígrafes: "State of China according to the accounts of the panagyrists of that country" (vol. I, pp. 114-132) y "State of China according to the accounts of the calumniators of that Empire" (vol. I, pp. 132-148).

¹¹ "La autoridad es tomada de un célebre cómputo de Mr. Voltaire y es de allá, cuando no sabían escribir, escribieron los chinos unas terribles crónicas que hacían subir la existencia de su nación mucho más arriba de la existencia del universo y, lo que es más, halló dicho señor filo-hisori-crítico-matemático que en aquel puntual y crudo tiempo eran ya los chinos estupendos astrónomos y acérrimos impresores. Esta aserción de gran peso, en verdad, por la legalidad que tuvo en todos los asuntos su autor, prueba sin repugnancia alguna que la China no es parte de nuestro globo y, por consiguiente, los caracteres de sus naturales nada tienen que ver con los de acá. Supiéramos a punto fijo cuáles son, si el señor Fontanella hubiera tenido a bien adivinarlo en su verídico y famoso libro de *Los mundos*, ya que adivinó tan infaliblemente la existencia de los habitantes de los planetas" (GHCh, 68-69).

el fajamiento de los pies de las mujeres;¹² la defensa visceral del honor de la mujer;¹³ sus extrañas costumbres culinarias;¹⁴ etc. Sin embargo, también menciona aspectos positivos de la civilización china: su tendencia realista y práctica¹⁵ y su gobierno ejemplar.¹⁶

Conclusiones

En resumen, Forner utiliza la ambientación china para mostrar el absurdo de los argumentos antitradicionales de Voltaire que quieren hacer de los chinos seres perfectos (y también de paso a Iriarte que traduce el drama volteriano de ambiente chino), para satirizar la sátiras en las que se presentan utopías en países extranjeros¹⁷ y para atacar con más libertad a Iriarte, a través de personajes ficticios.

¹² "Fuese derecho al aposente de su mujer y sentándose, tomando antes una taza de té verde, la dijo en tono magistral y mesurado: — "Muger, los hombres vivimos en este mundo para socorrernos mutuamente, como lo dice un gran filósofo. Ya ves que tener hijos y educarlos son dos ocupaciones que, como lo dice otro gran letrado, se embarazan y excluyen entre sí. Verdad es que entre nuestras leyes rancias hay una en que se ordenaba que los hijos hubiesen de aprender de sus padres lo que supiesen, ley bárbara muy digna de los siglos de Fhi que no sé con qué cara osan desear que se renueve ciertos viajancones imperrinentes que no tienen más de bueno que el estar próximos a despachar su alma al otto mundo. Y, si no, dime, ¿cómo podrías tú emplear toda la mañana en ataviar tu cuerpo, pintar tu rostro, rizar tu cabello y faxar tus pies, cosas todas precisas, para sostener el punto y crédito de tu nobleza..." (GHCh, 18-19).

¹³ "Que la tal mujer era algo patienta del togado (que eso vale un mandarín en la China) que, a no serlo, ya se hubiera guardado ella a ponerse delante de él ni de otro hombre alguno sin expresa licencia de su mando. Costumbre propia de la barbarie de una nación oriental, que reprueba con la opuesta práctica la honrada cultura de las mujeres de Europa" (GHCh, 50).

¹⁴ [Los chinos comen] "nidios de pájaros" (manjar muy regalado entre los chinos) (GHCh, 116).

¹⁵ [Los chinos] "no piensan sino en perfeccionar las artes útiles a la vida" (GHCh, 3) y "en la China, ...se mide todo por ia regla de la utilidad" (GHCh, 6).

¹⁶ "El maestro de los niños pasó a obtener cargos de una razonable medianía en el imperio así civil como literario. Si los debió al mérito o al patrocinio tampoco lo apuntan las memorias. Sólo dejan congeturar que la constitución del Estado chino busca para los grandes puestos a los hombres igualmente grandes o en las ciencias o en la política, sin hacer mucha cuenta de los gramáricos para conferirlos" (GHCh, 52).

¹⁷ El ataque irónico a los personajes viajeros europeos está claro al mencionar que uno de sus personajes chinos tenía los defectos de no tener defectos, mientras que "en realidad, en estas cualidades era nuestro filósofo muy superior a los viajeros europeos, los cuales, sin adulación, son eminentes en ellas" (GHCh, 69).